

NEW LEFT REVIEW 148

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2024

ARTÍCULOS

TOM HAZELDINE El retorno del Partido Laborista 7

ENTREVISTA

ARIELLE ANGEL Abandonar Sión 27

ARTÍCULOS

NATHAN SPERBER La crisis francesa 47

JOSHUA CRAZE Taxonomías del hambre 71

ROHANA KUDDUS Las redes dinásticas de Indonesia 93

JULIAN STALLABRASS Memorias del presente 133

ENRICA VILLARI Entre la historia y la teoría 151

JAN BREMAN & MARCEL VAN DER LINDEN Migración: una visión desde abajo 165

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts traficantes de sueños



TOM HAZELDINE

EL NUEVO LABORISMO AL TIMÓN

CATORCE AÑOS DESPUÉS de que el Partido Laborista cayera malamente derrotado, entre bancos en quiebra, desempleo galopante y cruentas guerras en el extranjero, ha vuelto al poder con un líder de rostro adusto y una mayoría incontestable: 411 de 650 escaños. A primera vista, los vendavales de descontento que con tanta fuerza arreciaron por todo el sistema político británico en la década de 2010 (independencia de Escocia, corbynismo, Brexit, revuelo parlamentario, crisis irlandesa, puertas giratorias en Downing Street, etcétera) se han vuelto apacibles céfiros centristas, que impulsan serenamente la nave del Estado. Sin embargo, como muchos han señalado, la victoria obtenida por el Partido Laborista el pasado 4 de julio no fue un tsunami de voto popular, sino un «corrimiento de escaños»: el 63 por 100 de los escaños de la Cámara de los Comunes se obtuvo con el mero 34 por 100 de los votos emitidos, lo cual constituye una distorsión de dimensiones históricas¹. ¿Cómo debemos interpretar el carácter del voto, así como la situación del país?

Hay que hacer tres observaciones iniciales sobre el voto popular de 2024. En primer lugar, no ha habido un vuelco hacia el Partido Laborista. Por el contrario, el voto laborista disminuyó en medio millón de sufragios, pasando de los 10,3 millones obtenidos por Corbyn en 2019 a los 9,7 millones cosechados por Starmer. Si en términos porcentuales el Partido Laborista registró un minúsculo repunte del 1,6 por 100, este fue producto de la caída de la participación, que bajó 7,5 puntos porcentuales, pasando del 67,3 al 59,8 por 100 entre 2019 y este año, siendo la cifra más baja registrada desde la reelección de Blair en 2001, que

¹ Martin Sandbu, «Labour's "Seatslide": When a Landslide Is Not a Mandate», *Financial Times*, 11 de julio de 2024.

con una participación del 59,4 por 100 marcó un mínimo histórico. El Partido Laborista de Starmer solo recibió el voto del 20 por 100 del electorado británico, un resultado peor que el 22 por 100 obtenido por Blair en 2005 en plena guerra de Iraq y el porcentaje de votos más bajo que ha recibido un gobierno de mayoría en Westminster desde la introducción del sufragio universal. El sentimiento prevaleciente era tenazmente hostil al partido en el gobierno. En las encuestas, a la pregunta de por qué pensaban votar al Partido Laborista, el 48 por 100 respondió que «para echar a los *tories*», mientras que el 13 por 100 afirmó que «el país necesita un cambio». Solo el 5 por 100 mencionó las políticas laboristas².

En segundo lugar, la victoria del Partido Laborista ha sido el resultado de un colapso conservador sin precedentes: la deserción de más de 7 de los 14 millones de votantes que habían respaldado el llamamiento de Boris Johnson a «terminar el Brexit» —«*Get Brexit done*»— en 2019. Ha sido un desplome significativamente mayor que la debacle *tory* de 1997, cuando el largo periodo de gobierno Thatcher-Major zozobró con la pérdida de 4,5 millones de votos; por no hablar del relativamente modesto descenso de 1,7 millones de votos, que puso fin a trece años de gobierno *tory* en 1964. El hecho de que el hundimiento del Partido Conservador en las elecciones de este año de 2024 se haya producido tras varias rondas de incremento constante del respaldo electoral obtenido desde su vuelta al poder en 2010 tras la caída del Nuevo Laborismo resulta revelador. El voto *tory* había pasado de los 10,7 a los 11,3 millones de sufragios entre 2010 y 2015, tras cinco años de austeridad, alcanzando los 13,6 millones en 2017 una vez producido el Brexit para llegar en 2019 a su punto máximo de 14 millones de votos. Este año el Partido Conservador ha perdido 251 escaños, aferrándose a solo 121, lo cual representa otro mínimo histórico del periodo de posguerra: incluso después de la aplastante victoria de Attlee en 1945, los conservadores retuvieron 197 escaños, mientras que después de la de Blair en 1997 siguieron reteniendo 165 (véase el cuadro 1).

En tercer lugar, en Escocia e Irlanda del Norte la historia ha sido diferente. Los votantes escoceses se decantaron por el Partido Laborista, que ganó aproximadamente 300.000 votos para obtener un resultado de 852.000, su mejor resultado al norte de la frontera inglesa desde 2010, pero por

² Sarah Ledoux y Matthew Smith, «Why Are Britons Voting Labour?», YouGov, 3 de julio de 2024.

CUADRO I: Elecciones generales (1992-2024), voto popular y escaños

	1992	1997	2001	2005	2010	2015	2017	2019	2024
<i>Participación</i>	77,7	71,3	59,4	61,4	65,1	66,4	68,8	67,3	59,8
	Votos (millones)	Votos (m)	Votos (m)	Votos (m)	Votos (m)	Votos (m)	Votos (m)	Votos (m)	Votos (m)
	Escaños	Escaños	Escaños	Escaños	Escaños	Escaños	Escaños	Escaños	Escaños
Partido Conservador	14,1	9,6	8,4	8,8	10,7	11,3	13,6	14	6,8
		165	166	198	306	330	317	365	121
Partido Laborista	11,6	13,5	10,7	9,6	8,6	9,3	12,9	10,3	9,7
		419	413	356	258	232	262	202	411
Liberal-Demócratas	6,0	5,2	4,8	6,0	6,8	2,4	2,4	3,7	3,5
		46	52	62	57	8	12	11	72
SNP						1,5	1,0	1,2	48
						56	35	48	
RP/UKIP/Reform		0,8			0,9	3,9	1		4,1
									5
Verdes					1,1	1		0,9	1,9
								1	4

Notas: partidos con más de 750.000 votos. SNP: Scottish National Party; R.P: Referendum Party; UKIP: UK Independence Party

debajo de los 500.000 tráfugas y abstencionistas del Scottish National Party (SNP). Combinados con los 400.000 desertores *tories* escoceses, los abstencionistas del SNP hundieron la participación escocesa hasta el 59 por 100 este año desde el 68 por 100 de 2019. Los escaños del SNP en Westminster cayeron de 48 a 9, mientras que los de los laboristas escoceses aumentaron de 1 a 37. Sin embargo, el giro se debió más a la cólera justificada de los votantes del SNP ante la corrupción y mendacidad que marcaron el liderazgo de Sturgeon que al afecto por Starmer³. El apoyo a la independencia escocesa sigue siendo del 45-48 por 100, pero Sturgeon y su marido han echado por tierra cualquier expresión política unificada de ese apoyo por algún tiempo. En Irlanda del Norte, que tiene un sistema de partidos completamente diferente al de Gran Bretaña, el proceso molecular de reunificación irlandesa que obtuvo un empujón con el Brexit avanzó otro milímetro en 2024 debido a las profundas divisiones persistentes en las filas unionistas y protestantes en parte desmoralizadas y en parte lumpen-radicalizadas⁴.

Desplazamientos de clase

¿Cómo explicar la magnitud del hundimiento del Partido Conservador? El curso de las elecciones vino determinado por tres factores. El partido nacionalista de derecha Reform UK obtuvo 4,1 millones de votos, esto es, el 14 por 100 de los sufragios emitidos, con un coste estimado para los conservadores de 80 escaños⁵. En más de 170 de los escaños que perdieron los conservadores, el apoyo a Reform UK fue mayor que el margen de su derrota⁶. El último instrumento electoral de Nigel Farage presentaba un manifiesto en clave básicamente negativa –contra la inmigración, contra el impuesto de sociedades, contra el gasto público, contra los objetivos climáticos y proejército–, dejando en un segundo plano su supuesto compromiso con la reforma constitucional. Su función principal en las elecciones de 2024 fue la de recoger el voto de protesta de aquellos partidarios del «*Leave*», es decir, partidarios de abandonar la UE y que ahora estaban decepcionados por la gestión del Brexit por parte de

³ Jamie Maxwell, «Post Sturgeon», *NLR-Sidecar*, 23 de noviembre de 2022; «Después de Sturgeon», *El Salto*, 2 de diciembre de 2022.

⁴ Para un examen comparativo de las trayectorias de Escocia e Irlanda del Norte, véase Daniel Finn, «Desafío de las periferias», *NLR* 135, julio-agosto de 2022.

⁵ Ollie Corfe, «Revealed: The Real Extent of Reform's Damage to the Tories», *Daily Telegraph*, 6 de julio de 2024.

⁶ John Curtice, «The Dramatic Tory Decline Behind Labour's Landslide», BBC, 5 de julio de 2024.

los *tories*: las regiones deprimidas y las ciudades degradadas del este de Inglaterra, las Midlands y el norte de Inglaterra, cuyo descontento sacó al Reino Unido de la UE. En concreto, entre los votantes del «*Leave*» de clase trabajadora el apoyo a los conservadores cayó en picado y más de la mitad se decantó por Reform UK⁷.

En una circunscripción tras otra, desde el noroeste de Cambridgeshire a Bolton West, de Lowestoft a Dartford, el voto combinado Partido Conservador-Reform UK superó al del Partido Laborista. Si el objetivo de Starmer al purgar a Corbyn y a sus partidarios, adoptar los planes de gasto conservadores y ensalzar los «valores patrióticos» era inflar de nuevo el apoyo laborista en las comunidades de las áreas industriales deprimidas del norte de Inglaterra y de las Midlands, lo cierto es que erró el tiro. La cuota de voto laborista en estas circunscripciones del «muro rojo» aumentó solo 3 puntos porcentuales, siendo el factor decisivo la caída de 24 puntos porcentuales en el apoyo a los conservadores⁸. En Bolsover, en la cuenca carbonífera abandonada de Derbyshire, el Partido Laborista se impuso a la ventaja *tory* de 5000 votos obtenida en las elecciones de 2019 a pesar de añadir solo 600 votos a su cuenta, obteniendo esta vez un total de 17.000, frente a los 10.900 de los *tories* y los poco más de 9000 de Reform UK. Del mismo modo, en Dudley (Black Country), el Partido Laborista salió victorioso con solo 12.000 votos y una participación del 51 por 100; los *tories* no superaron los 10.300, mientras que Reform UK se quedó con 9.400. Cinco años antes, sin el partido de Farage en juego, los conservadores de Johnson habían arrasado en la circunscripción predecesora de Dudley North con más de 23.000 votos. En resumen, Johnson se hizo con 28 de los escaños obreros del «muro rojo» en 2019 y Corbyn con 10; en 2024, el Partido Laborista se hizo con 37, mientras que uno, Ashfield, fue a parar a Reform UK.

Al efecto letal de Reform UK hay que añadir las abstenciones de los votantes conservadores, que se calcula que han costado al partido otros 33 escaños, así como el voto táctico sistemático coordinado entre el Partido Laborista y el Partido Liberal Demócrata⁹. En circunscripciones del extrarradio londinense, como Hertford and Stortford, donde los

⁷ James Kanagasooriam *et al.*, «How Britain Voted 2024», *Focaldata*, 6 de julio de 2024.

⁸ *Ibid.*

⁹ «Change Pending: The Path to the 2024 General Election and Beyond», *More in Common*, 15 de julio de 2024.

laboristas habían terminado en un digno segundo lugar frente a los conservadores en 2019, uno de cada cuatro liberaldemócratas le prestó su voto. Y allí donde los liberaldemócratas habían quedado bien situados, uno de cada tres simpatizantes laboristas hizo lo propio¹⁰. Aunque el voto popular a los liberaldemócratas cayó de 3,7 millones en 2019 a 3,5 millones en 2024, el voto táctico ha multiplicado por seis el número de diputados del Partido Liberal Demócrata, que han pasado de 11 a 72, haciéndose con escaños en el próspero sur de Inglaterra, de St. Ives, en el extremo occidental, pasando por Cotswolds, a Guildford, Winchester y Tunbridge Wells, pisándole también los talones al ministro Jeremy Hunt en la frondosa ciudad de Godalming, en Surrey¹¹.

Muchas de las bajas *tories* de alto perfil en 2024 fueron víctimas de los tres factores antes mencionados: Reform UK, la abstención y el voto táctico Lib-Lab. En Portsmouth North, un centro de referencia de la clase trabajadora con una fuerte presencia de la Royal Navy, el apoyo a la actual diputada y ministra de Relaciones con el Parlamento en los gobiernos de Truss y Sunak, Penny Mordaunt se redujo a la mitad, pasando de 28.000 a 14.000 votos desde 2019. Reform UK se llevó 9000 votos, la participación cayó por debajo del 60 por 100 y los laboristas se hicieron con la victoria por menos de 800 votos. Otra baja *tory* de alto rango, el secretario de Defensa Grant Shapps, cedió una mayoría de 11.000 votos en el distrito de Welwyn Hatfield, situado a treinta y dos kilómetros al norte de la capital. Su apoyo cayó de 27.000 votos en 2019 a 16.000, siendo Reform UK el principal culpable al obtener 6000 votos, mientras que el Partido Laborista pasó de 16.000 a 20.000 votos, ayudado por los que les prestaron los liberaldemócratas, cuyo voto cayó en la misma proporción. Los votantes liberales y laboristas se coordinaron para saquear los 43 escaños «azules» de los conservadores en el sur de Inglaterra, con sus votantes ricos, contrarios al Brexit y con titulación universitaria. En 2024 los liberaldemócratas se hicieron con 23 escaños y los laboristas con 9, dejando a los conservadores con solo 11¹².

¹⁰ J. Kanagasooriam *et al.*, «How Britain Voted 2024», cit.

¹¹ El líder liberaldemócrata Ed Davey es un liberal de manual, situado a la derecha del partido, como su predecesor Nick Clegg (2007-2015), y a diferencia del líder precedente, Charles Kennedy, que ganó 62 escaños en 2005, con un porcentaje de votos superior al 18 por 100, al situar a los liberaldemócratas a la izquierda del segundo gobierno de Blair, pidiendo la retirada de las tropas de Iraq.

¹² J. Kanagasooriam *et al.*, «How Britain Voted 2024», cit.

Opuesto a esta doble pinza de clase –la desertión de la clase trabajadora de los *tories* en las Midlands y los territorios del norte de Inglaterra y la unidad de clase media liberal-laborista (*Lib-Lab*) en el sur, más próspero, ambos factores en beneficio del Partido Laborista– había un pequeño, pero potencialmente significativo rechazo radical al partido de Starmer. Al romper el muro protector de representación no proporcional de Westminster, los Verdes obtuvieron cuatro escaños, quedando quintos con 1,9 millones de votos, el equivalente al 6,7 por 100 del voto popular. Se trataba sobre todo de un voto joven: aunque ganaron entre los mayores, el Partido Laborista perdió terreno entre los menores de 40 años y especialmente entre las mujeres menores de 35, cuyo apoyo cayó 9 puntos porcentuales con respecto a 2019, mientras que los Verdes ganaron el 14 por 100 de los votos entre los votantes con edades comprendidas entre los 18 y los 24 años¹³. En el cómputo general, los Verdes atrajeron al 10 por 100 de los votantes laboristas de 2019, desbancando al secretario de Cultura en la sombra Thangam Debnair en la circunscripción de Bristol Central y conteniendo al Partido Laborista en la circunscripción de Brighton Pavilion, al tiempo que se aseguraban dos escaños rurales en los márgenes occidental y oriental de Inglaterra en sendas pugnas contra los conservadores.

El Partido Laborista también perdió votos en circunscripciones urbanas con un gran número de votantes musulmanes, que protestaron contra el apoyo concedido por Starmer al ataque genocida de Israel contra Gaza. El líder laborista había dicho cuatro días después del ataque de Hamás del 7 de octubre de 2023, que Israel tenía derecho a privar de electricidad y agua a Gaza y luego presionó a los diputados laboristas para que no apoyaran una moción del SNP a favor de un alto el fuego inmediato, lo que provocó la rebelión de diez diputados y la dimisión de decenas de concejales¹⁴. En Islington Norte fueron elegidos con 24.000 votos cuatro independientes que habían mostrado su apoyo a Gaza junto al exlíder laborista Jeremy Corbyn, después de que el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Laborista prohibiera su candidatura siguiendo instrucciones

¹³ *Ibid.*

¹⁴ La promesa del manifiesto del Partido Laborista de reconocer el Estado palestino pretendía zanjar la polémica, aunque fuentes del partido aclararon que Starmer no actuaría en tal sentido antes que Washington: Nick Gutteridge, «Starmer Set to Delay Recognizing a Palestinian State if PM», *The Telegraph*, 28 de junio de 2024. El Partido Laborista perdió una elección parcial en Rochdale por la cuestión de Gaza ante el Workers Party de George Galloway en febrero de 2024, pero recuperó el escaño en las pasadas elecciones generales de julio.

de Starmer. El propio Starmer cedió 10.000 votos a los Verdes y al exmiilitante del Congreso Nacional Africano y sostenedor de Gaza Andrew Feinstein en su circunscripción de Holborn and St Pancras. Aquella noche la mayor decepción y sorpresa para los laboristas se produjo en Leicester South, en las East Midlands, donde el miembro del gobierno en la sombra y perro de presa laborista Jonathan Ashworth fue derrotado por el independiente Shockat Adam, quien declaró que la victoria era «para Gaza». En Ilford, Essex, Wes Streeting, el normalmente altivo portavoz laborista de Sanidad, se impuso a otro aspirante independiente por tan solo 500 votos¹⁵.

Los descontentos de Occidente

Por debajo de la diferencia de escaños del Partido Laborista, las elecciones de 2024 revelan desplazamientos subyacentes más profundos y, en algunos aspectos, contrapuestos, relacionados con la clase. Una vez más, la clase obrera inglesa posindustrial ha demostrado ser capaz de influir en el resultado electoral a escala nacional, como lo hizo en el referéndum sobre la UE de 2016, sin lograr ninguna mejora real en su posición relativa, ni tan siquiera un mero avance para sus intereses «corporativistas» inmediatos¹⁶. Lo que está en juego aquí, en un sentido más amplio, es el punto muerto en el que se encuentra la Gran Bretaña posimperial, situación que presenta paralelismos en las sociedades capitalistas avanzadas de Occidente. Esta genera un descontento que se manifiesta en las encuestas en el carácter marcadamente negativo de las respuestas dadas a la pregunta: «¿Va el país en la buena dirección?».

Al igual que el resto de Europa, el Reino Unido ha sufrido una caída vertiginosa del voto popular a sus dos grandes partidos de gobierno, lo que ha vaciado de sustancia la alternancia bipartidista del sistema de Westminster. En Alemania, desde la reunificación hasta 2005, más del

¹⁵ Cerca de allí, en Chingford and Woodford Green, la eliminación de las listas de la izquierdista Faiza Shaheen por orden de Starmer –según los informes, por clicar «me gusta» en un tuit en el que se criticaba al *lobby* israelí–, que posteriormente se presentó como independiente, permitió al exlíder conservador Ian Duncan Smith ganar por los pelos, ante la visible frustración de Shaheen en el recuento. Para *The New Statesman* el resultado era un «daño colateral asumible» por el giro de Starmer hacia el centro político: Rachel Cunliffe, «How the Faiza Shaheen Row Helps Keir Starmer», *The New Statesman*, 30 de mayo de 2024.

¹⁶ Tom Hazeldine, «La revuelta de las áreas industriales deprimidas», *NLR* 105, julio-agosto de 2017.

60 por 100 del electorado votó a los partidos mayoritarios, CDU-CSU, SPD y FDP; esa cifra cayó al 50 por 100 en 2009, cuando la clase trabajadora abandonó el SPD ante los efectos desoladores de las reformas de Hartz y la Gran Coalición. En 2017 y 2021 rondó el 45 por 100, con el ascenso de *Alternative für Deutschland*. En Francia, el declive ha sido mucho más pronunciado. En la segunda vuelta de las elecciones legislativas francesas en torno al 50 por 100 del electorado votó a partidos de centro-izquierda o centro-derecha durante las décadas de 1990 y 2000. El porcentaje bajó al 42 por 100 en 2012 una vez iniciada la crisis de la eurozona para desplomarse luego a apenas el 20 por 100 a partir de 2017 a medida que la propuesta electoral de Macron canibalizaba el Partido Socialista. En Gran Bretaña alrededor de dos tercios del electorado votaba a uno u otro de los dos grandes partidos hasta la década de 1990. En 2001 el porcentaje de su voto conjunto cayó hasta el 43 por 100 a medida que la clase obrera del norte del país abandonaba el Nuevo laborismo de Blair. Tras recuperarse brevemente por encima del 50 por 100 en las dos elecciones del Brexit de 2017 y 2019, volvió a caer este año al 33 por 100.

Pero cada Estado-nación descontento es infeliz a su manera. Gran Bretaña emergió de la Segunda Guerra Mundial endeudada y exhausta, pero institucionalmente intacta. Las instituciones públicas y el Imperio renqueaban, privados de los correspondientes choques modernizadores que supusieron la derrota militar y la refundación constitucional, que ayudaron a recargar las tasas de crecimiento en Alemania, Francia e Italia. El Reino Unido seguía siendo una economía de escasa inversión, que contaba con una plataforma financiera sobredimensionada en la City londinense y un sector industrial en declive basado en el carbón y el acero, el cual era de interés secundario para la clase dominante, muchas de cuyas inversiones se habían producido en el extranjero desde la década de 1850, pero de importancia primordial para la masa de trabajadores y trabajadoras ingleses, galeses y escoceses, que construyeron densas barricadas culturales en torno a sus posiciones de clase. Derribarlas se convirtió en una prioridad para el Parlamento y el gobierno británicos durante el periodo de posguerra.

Después de que los dos intentos iniciales de modernización –el impulso propiciado por el «desbordante entusiasmo por la tecnología» de Wilson (1964-1970) y la europeización protoneoliberal de Heath (1970-1974)– se vieran frustrados por el agotamiento fiscal y la resistencia sindical,

Thatcher, al tercer intento, optó por la confrontación total con el movimiento obrero. Tras la derrota de sus sectores más intransigentes –mineros, siderurgia, máquina-herramienta–, procedió sistemáticamente con el resto, al tiempo que socavaba el «socialismo municipal» de los barrios obreros mediante la venta obligatoria de las viviendas públicas municipales, la introducción de recortes en los ingresos públicos y la imposición de presupuestos centralizados. La oposición dirigida por el líder laborista Neil Kinnock entre 1983 y 1992 apoyó esta revolución desde arriba con un feroz ataque a la izquierda.

Bajo la dirección de Blair y Brown, el Nuevo Laborismo aceptó la solución de Thatcher a la crisis posimperial británica, adoptándola y apropiándose de ella. Blair intentó demostrar que jugar el papel de lugarteniente en la acometida estadounidense en Eurasia garantizaría el prestigio de Gran Bretaña en el mundo, un proyecto que se hundió miserablemente en las callejuelas de Basora, los cementerios de Helmand y las cámaras de tortura de Guantánamo. Brown trató de demostrar que una economía de bajos salarios basada en el sector servicios bajo cuyo manto prosperaba un distrito financiero hipertrofiado podía, mediante una astuta política fiscal, garantizar unas migajas de bienestar social a la infancia desprotegida y una alta rentabilidad al capital privado gracias a la inversión del sector público. Este modelo, basado en un enorme sobreendeudamiento, se derrumbó con la crisis financiera de 2007-2012, dejando a su paso el estancamiento de los salarios, el aumento del coste de la vivienda, una desigualdad regional vertiginosa y una productividad estancada. Tras la aplastante derrota del Partido Laborista en 2010, la coalición liberal-conservadora de Cameron y Osborne impuso la austeridad, protegiendo cínicamente el feudo electoral conservador de los pensionistas y castigando a quienes dependen de las ayudas por discapacidad o perciben subsidios infantiles, sobre todo en las pequeñas ciudades de las Midlands y el norte de Inglaterra¹⁷.

Estancamiento tras la crisis

En algunos aspectos, Gran Bretaña era el país de la OCDE peor situado para capear esos temporales. El modelo económico que el thatcherismo había instaurado –finanzas desreguladas, activos públicos privatizados,

¹⁷ Para una descripción panorámica del daño infligido por la austeridad *tory* de 2010, véase Tom Crewe, «Carnival of Self-Harm», *London Review of Books*, 20 de junio de 2024.

centros industriales cerrados, tipos de interés y desempleo elevados para neutralizar a los sindicatos— concentró el crecimiento en el sur del país, poniendo en marcha las divergencias regionales de renta y productividad que, de un tiempo a esta parte, se han convertido en las más pronunciadas de la OCDE. En la década de 1980, la tasa de productividad de Londres suponía el 128 por 100 de la media nacional; en 2024, era del 170 por 100 y, dato revelador, la productividad de las restantes grandes ciudades se sitúa ahora por debajo de la mencionada media nacional. En términos de desarrollo económico, el modelo había dado lugar a un «centro sin radios», concentrado en la capital¹⁸. Sin embargo, impulsadas por la burbuja de la globalización financiarizada, las tasas de crecimiento agregado del Reino Unido se mantuvieron a la par o incluso superaron a las de sus homólogos durante la década de 1990 y principios de la de 2000.

Todo ello cambió con la crisis de 2008. Desde entonces el Reino Unido ha entrado en un período de marcado declive económico en comparación con otros países del G7 y de la OCDE. La productividad británica creció el 4 por 100 entre 2007 y 2022, por debajo de la de Francia (6 por 100), Alemania (11 por 100), Canadá (12 por 100), Estados Unidos y Australia (18 por 100). El crecimiento lento y las altas tasas de desigualdad regional se vieron agravados por la caída en picado de la inversión tras la crisis financiera. En 2005 la inversión empresarial del Reino Unido era del 11 por 100 del PIB británico, situándose al mismo nivel que la de Francia; en 2022, la tasa francesa había ascendido al 14,8 por 100, mientras que la británica había caído al 10 por 100, colocándose de nuevo entre las más bajas de la OCDE¹⁹. Los ingresos medios de los hogares británicos se estancaron después de 2007, superados por los registrados en Alemania y Francia y quedando aún más rezagados con respecto a Australia, Canadá y Estados Unidos. En el Reino Unido el crecimiento de los salarios reales cayó por debajo de cero tras la crisis financiera y aun no han recuperado su nivel de 2008. Tras cuarenta años de incremento de la desigualdad, los hogares británicos de bajos ingresos son ahora el 27 por 100 más pobres que sus equivalentes franceses y alemanes. Desde 2007 los británicos también han estado trabajando más

¹⁸ Andy Westwood y Michael Kenny, «How Is Regional Inequality Affecting the UK's Economic Performance?», *Economics Observatory*, 23 de enero de 2024; Resolution Foundation, «Ending Stagnation: A New Economic Strategy for Britain», London School of Economics, diciembre de 2023; Andy Haldane, «The UK's Productivity Problem: Hub No Spokes», Bank of England, 28 de junio de 2018.

¹⁹ George Dibb y Carsten Jung, «Rock Bottom: Low Investment in the UK Economy», Institute of Public Policy Research, junio de 2024.

horas que sus homólogos de la OCDE para compensar el estancamiento de los salarios²⁰. La inversión pública se redujo en línea con las tasas de crecimiento: en términos reales, el gasto en educación por estudiante cayó un 9 por 100 entre 2010 y 2020. El número de camas hospitalarias en el Reino Unido se redujo de 2,76 a 2,42 por 1000 entre 2013 y 2021, frente a los ratios de 7,76 y 5,65 registrados respectivamente en Alemania y en Francia²¹.

Para sus partidarios, el Brexit ofrecía una especie de solución a esta larga crisis; para sus detractores, una profundización desastrosa de la misma. Como era de esperar, el Brexit no logró resolver las fuentes sociales del descontento regional y de clase. Una vez liberada de los foros reguladores supranacionales de la UE, la promesa de soberanía no supo reconocer los restantes intereses económicos y políticos extranacionales más poderosos, que contribuían a conformar el orden social del Reino Unido a través de su clase dirigente autóctona. El Brexit no ofrecía un programa político-económico alternativo y carecía de todo contenido social. Sus partidarios apostaron a que la desconexión constitucional del Tratado Europeo iría acompañada a continuación de reformas sociales y económicas. No fue así. En cuanto la oposición del *establishment* al Brexit quedó silenciada por la victoria electoral de Boris Johnson en 2019, los gestos favorables a la «nivelación» regional, defendidos por este, por su colega en el gobierno Michael Gove y por su asesor especial Dominic Cummings, chocaron con la emergencia global de la crisis de la covid-19. El Brexit no hizo sino empeorar las fricciones comerciales, la escasez de mano de obra, el impacto de las cadenas de suministro rotas y la creciente inflación a la que estaba sometida por entonces la economía mundial.

En 2022 el apoyo a Johnson se había erosionado por su errática y pésima gestión de la crisis de la pandemia de la covid-19 y por el goteo de revelaciones de altos funcionarios sobre reuniones sociales en Downing Street durante el confinamiento: una maleta repleta de alcohol rodando por Whitehall de la mano de un ayudante, el asesor de ética del gobierno llevando una máquina de karaoke a una fiesta de personal... Destituido

²⁰ «Britain's Economic Record Since 2007 Ranks Near the Bottom among Peer Countries», *The Economist*, 15 de diciembre de 2022; Trade Union Congress, «UK Families Suffering "Worst Decline" in Living Standards in the G7», 8 de enero de 2024; Resolution Foundation, «Ending Stagnation: A New Economic Strategy for Britain», cit.

²¹ Pragyán Deb y Gloria Li, «Upskilling the UK Workforce», Fondo Monetario Internacional, julio de 2024; sobre las camas de hospital, los datos son de la OCDE.

tras la revuelta de algunos ministros conservadores, Johnson fue sucedido en septiembre de 2022 por Liz Truss, cuyo mandato coincidió con el inicio de una inflación de dos dígitos, la más alta y prolongada de todos los países del G7. Truss se autoinmoló al introducir recortes fiscales financiados mediante el endeudamiento público, además de aprobar subsidios de emergencia para afrontar los costes energéticos de los hogares, tras un cruce de declaraciones con el Banco de Inglaterra y el despido del funcionario de mayor rango del Departamento del Tesoro; ante las dudas generadas en los mercados de bonos, fue defenestrada a las seis semanas de asumir el cargo. Su sucesor, Rishi Sunak, se puso la camisa de fuerza fiscal para tranquilizar a los mercados: el primer ministro más rico de la historia de Gran Bretaña gestionaba el incremento del coste de la vida impuesto a la ciudadanía. La oleada de huelgas de 2022-2023 de los trabajadores ferroviarios y del servicio postal, así como de los profesionales del sector público, fue comparable al movimiento huelguista de la década de 1960 en cuanto al número de días perdidos por las movilizaciones, algo impresionante para un movimiento obrero que tiene ahora la mitad de tamaño que entonces.

A estas alturas era obvio que el Brexit, que Sunak había apoyado, no había producido beneficios económicos ni había puesto freno a la inmigración, que alcanzó niveles récord en 2023; como tampoco había propiciado ninguna democratización del Parlamento británico, donde los cambios de los primeros ministros conservadores, las remodelaciones del equipo de gobierno y los bandazos políticos se sucedieron sin referencia alguna a la voluntad popular. Sin embargo, fueron probablemente el pésimo estado de la economía y los deficientes servicios públicos la gota que colmó el vaso²². Más de siete millones de personas languidecían en las listas de espera para recibir tratamiento hospitalario, en un servicio sanitario al borde del abismo por la sobrecapacidad arrastrada de la covid-19 y las huelgas, mientras dos millones de empleados estaban demasiado enfermos para trabajar. Los bañistas enfermaban de diarrea y vómitos a causa de las aguas residuales vertidas a ríos y aguas costeras por gestores de servicios públicos privatizados sobrecargados de deuda. Los ayuntamientos comenzaban a declararse en bancarrota, entre ellos, el de Birmingham, dirigido por los laboristas, que es además

²² Valentina Romei, «Stagnant UK Living Standards Lay Bare the Challenge for Jeremy Hunt», *Financial Times*, 17 de marzo de 2023; Nicholas Crafts y Terence Mills, «Is the UK Productivity Slowdown Unprecedented?», *National Institute Economic Review*, febrero de 2020.

la mayor autoridad municipal de Europa. Los retrasos sin precedentes en los juzgados y tribunales de lo penal, donde los abogados llevaban tiempo protestando por los bajos salarios y los recortes en la asistencia jurídica, dejaron las prisiones «llenas hasta reventar»²³. En 2024 el impacto acumulativo de los veredictos populares sobre el Partido Conservador fue mortal.

Las perspectivas del Partido Laborista en el gobierno

¿Qué tipo de gobierno laborista está ahora al mando? A diferencia del modelo de los partidos estadounidenses, que son organizaciones caracterizadas por su poco cohesionada oligarquía de cargos electos, por los megadonantes y por sus partidarios situados en los medios de comunicación, que flotan por encima de los votantes registrados, y a diferencia, para el caso, de las organizaciones electorales europeas del siglo XXI en las que un liderazgo autónomo acumula militantes y partidarios, como sucede en Podemos, La France Insoumise, el Movimiento 5 Stelle o Bündnis Sahra Wagenknecht, el Partido Laborista y el Partido Conservador británicos siguen teniendo la forma de los partidos de masas del siglo XX, contando con cientos de miles de afiliados, que pagan cuotas y efectúan visitas puerta a puerta. Sus estatutos internos reflejan orígenes contrapuestos. Los conservadores —o *tories*— empezaron a distinguirse en el siglo XVIII como el «partido del campo» frente al «partido de la corte» de los *whigs* dominantes, que, bajo el inmensamente corrupto Walpole, favorito de Jorge I, se cebaban gracias a la riqueza colonial y el comercio de esclavos. Las dos facciones se unieron contra la bandera de los derechos del hombre enarbolada por la Revolución Francesa y volvieron a unirse para aplastar el gran movimiento democrático popular de los cartistas en la década de 1830. Poco diferenciaría a los dos partidos de la clase dominante, el Conservador y el Liberal, que cristalizaron para estructurar el gobierno parlamentario sobre la base de un sufragio paulatinamente ampliado a escala nacional y, más allá del mismo, sobre una masa de súbditos coloniales privados de todos sus derechos.

Hasta el final de la era de Thatcher, el Partido Conservador mantuvo una estructura interna basada en la supremacía imperial del Parlamento: un grupo informal y autorreproducible de «próceres» dirigía la selección de cada nuevo líder por parte de los diputados; las asociaciones conservadoras

²³ Michael Savage, «Three-Quarters of Prisons in England and Wales in Appalling Conditions as Overcrowding Fears Grow», *The Observer*, 6 de agosto de 2023.

locales eran autónomas en principio, pero, por eso mismo, no podían coordinarse para determinar la dirección del partido. Solo tras la caída de Thatcher quedó claro hasta qué punto se habían socavado las bases sociales del antiguo orden señorial sin que ello hubiera introducido en su lugar formas más democráticas. Los conservadores se vieron presionados para adaptarse a su membresía de masas realmente existente: una cohorte cada vez menor de pensionistas derechistas de clase media, concentrados en el sur de Inglaterra y en balnearios para jubilados junto al mar, y un puñado de jóvenes ambiciosos que aspiraban a una carrera política.

Fue el Partido Liberal el que dio cobijo a los primeros parlamentarios provenientes del mundo sindical, que representaban a los votantes de clase obrera en las grandes ciudades industriales desde la década de 1880. El Partido Laborista nació tardíamente entre las formaciones de la Segunda Internacional, parido a la fuerza por la sentencia de la Cámara de los Lores contra la acción sindical en Taff Vale en 1901, y constituido formalmente, siguiendo las líneas marcadas por Sidney Webb, en una fecha tan tardía como 1920, aproximadamente una generación después de la creación de los partidos alemán, francés y ruso. La historia todavía no ha superado la famosa disección efectuada por Tom Nairn del monstruo de Frankenstein producido por esta amalgama de un cerebro dirigido desde el Parlamento, dotado de una fuerza muscular procedente de la financiación sindical y de un corazón animado por los impotentes miembros individuales, reclutados al por mayor entre los socialistas y pacifistas moderados del preexistente Partido Laborista Independiente²⁴. Este destartalado acuerdo se ha mantenido, más allá de los cambios relativos a los derechos de los afiliados acaecidos en las décadas de 1980 y 2010, corregido por movimientos en sentido contrario a medida que se reafirmaba la orientación derechista de la dirección del partido.

En el gobierno, el centro de gravedad natural del Partido Laborista siempre ha estado firmemente a la derecha, alternando en la oposición con bandazos intermitentes a la izquierda como reacción a los resultados de su propio mandato. Entre 1945 y 1951, Attlee gobernó con un equipo ministerial muy cohesionado, que incluía a Ernest Bevin, Herbert Morrison y Hugh Gaitskell, pero que excluía a electrones libres como Nye Bevan. Attlee podía presumir de tener a veintiocho exalumnos procedentes de la educación privada en su gobierno, entre ellos siete procedentes

²⁴ Tom Nairn, «The Nature of the Labour Party, Part I», *NLR* 1/27, septiembre-octubre de 1964.

de Eton, cinco de Haileybury y cuatro de Winchester College. El grupo Keep Left, liderado por Ian Mikardo, que se oponía a las políticas de la Guerra Fría implementadas por el gobierno laborista y que reclamaba una «tercera fuerza» europea, fue relegado con firmeza a los bancos traseros del Parlamento. El gobierno laborista de posguerra envió tropas para restaurar el dominio francés y neerlandés en Indochina y en las Indias Orientales, respectivamente; organizó una operación de contrainsurgencia para combatir la resistencia anticolonialista en la Federación Malaya, hoy Malasia; se mantuvo impasible mientras las milicias israelíes expulsaban de sus hogares a tres cuartos de millón de palestinos y supervisó una partición del subcontinente indio, que dejó más de un millón de muertos. Attlee firmó el otorgamiento del mando militar a Estados Unidos sobre las fuerzas británicas destacadas en la OTAN, dio la bienvenida a los bombarderos B-29 y a las cabezas nucleares estadounidenses en las bases británicas y planeó a espaldas del Parlamento adquirir «una bomba británica con una Union Jack pintada». Hubo que esperar hasta 1951, cuando el ministro de Economía y Finanzas Gaitskell impuso tasas a las prótesis dentales y a las gafas del Servicio Nacional de Salud (NHS) para ayudar a financiar un presupuesto de Defensa equivalente al 14 por 100 del PIB, que incluía el envío de 80.000 soldados británicos con el fin de apoyar a los estadounidenses en la Guerra de Corea, para que Bevan y Harold Wilson dimitieran y abandonaran el gobierno.

Wilson se había alineado de forma intermitente con la izquierda del Partido Laborista en la década de 1950 y, como ministro de Economía y Finanzas en la sombra de Gaitskell, sus ataques al arcaico sistema británico eran inteligentes y contundentes. Su ascenso a la dirección de partido en 1963, un producto casual del virus que mató a Gaitskell combinado con una oportuna escisión en la derecha laborista, fue saludada con entusiasmo por los radicales, pero, como Ralph Miliband señaló en su momento, por lo demás el Grupo Parlamentario Laborista y el gobierno en la sombra permanecieron inalterados²⁵. Acosado por los mercados, el gobierno de Wilson libró una inepta guerra de clase contra sus propios apoyos sindicales. Sus reformas sociales perdurables –derechos de los homosexuales, aborto, divorcio– provinieron de la derecha liberal del partido, dirigida por Roy Jenkins. Wilson sufrió ante la presión estadounidense para que enviara tropas a Vietnam, pero resistió, aunque lo compensó con un apoyo

²⁵ Ralph Miliband, «Si el Partido Laborista gana...», *NLR* 142, septiembre-octubre de 2023; publicado originalmente como «Se il laborismo vince...» en *Il Contemporaneo*, núm. 63-64, agosto-septiembre de 1963.

verbal efusivo. Solo después de la derrota del último gobierno Wilson-Callaghan en 1979, cargado con el programa de austeridad del FMI, tomó forma un desafío más profundo y más amplio de la izquierda del Partido Laborista bajo el liderazgo de Tony Benn, que contaba con Jeremy Corbyn como su comprometido lugarteniente²⁶. Esta amenaza al orden social y político no se reflejó en ningún cambio en el gobierno en la sombra, en torno al cual se cerraron de inmediato las alineaciones ideológicas dentro y fuera del partido, alejando también al Partido Laborista de la épica militancia en las minas de carbón y en los piquetes que se enfrentaban al ataque de Thatcher. Neil Kinnock se pasó sus diez años como líder laborista fustigando a lo que él y los tabloides describían como la *looney left*, la «izquierda lunática» de Gran Bretaña.

Desde mediados de la década de 1990 Blair y Brown dejaron la gestión interna del partido a los secuaces de Kinnock, al tiempo que desplazaban el gobierno en la sombra hacia la derecha. Gobernando con enormes mayorías, los blairistas ignoraron esencialmente al Parlamento y toleraron a los treinta diputados de la izquierda del Partido Laborista integrados en el denominado Campaign Group, como si fueran parientes excéntricos o viejas mascotas. Pero una serie de errores de cálculo permitieron a Corbyn presentarse a las elecciones de 2015, captando los vientos del descontento juvenil en las velas de un atractivo partido socialdemócrata de izquierda. Para furia del aparato del Partido Laborista, del Grupo Parlamentario Laborista y de los medios de comunicación, Corbyn imprimió al partido un liderazgo bastante más a la izquierda del que había conocido hasta entonces. Lejos de ser castigado por el electorado, fue recompensado con un enorme incremento de los votos laboristas en 2017, lo que requirió todo un despliegue de sucesivas campañas de desprestigio orquestadas por los representantes del Partido Laborista en el Parlamento y por los medios de comunicación.

El nuevo primer ministro

El papel de Starmer en el gobierno en la sombra de Corbyn consistió en un camino hacia la cima cuidadosamente tramado. Al igual que Blair,

²⁶ En 1980 Michael Foot fue elegido inesperadamente líder en virtud de la decisión de la derecha dura del Partido Laborista parlamentario, dirigida por Brian Walden, de votarle para sabotear a los laboristas que, según su percepción, estaban a punto de pasarse al SDP (Partido Socialdemócrata). Tras el desastroso resultado obtenido en las elecciones de 1983, Foot fue sustituido por Neil Kinnock como líder del partido.

Starmer poseía unos orígenes de clase ambiguos, lo que parece haber contribuido a alimentar una poderosa ambición. Nacido en 1962, creció en el área suburbana de Surrey, donde su padre tenía un pequeño negocio de fabricación de herramientas, mientras su madre era enfermera; la escuela a la que asistió fue privatizada, aunque se le permitió conservar su plaza gratuita. Al igual que Attlee y Blair antes que él, estudió Derecho, aunque se licenció en Leeds, mientras que aquellos fueron a Oxford. Attlee, hijo de un próspero abogado londinense, era un acérrimo partidario del Imperio y, en su primera juventud, un patriotero partidario de la Guerra de los Bóeres, que se politizó en la línea fabiana haciendo obras de caridad en el East End. Wilson, nacido en el seno de la clase media de Huddersfield, se formó con los teóricos de la política social de la década de 1930 y trabajó como investigador de Beveridge. En cuanto a Blair, sus influencias formativas fueron el cristianismo y el *rock and roll*; su afiliación al Partido Laborista fue un paso calculado en su carrera, una vez que se hubo establecido como abogado y quiso entrar en política.

Starmer se formó ideológicamente en el ambiente de los primeros años de Blair, cuando la *intelligentsia* liberal británica, radicalizada (levemente) durante los gobiernos de Thatcher, estaba llegando al poder y había un zumbido modernizador en torno a las nociones de europeísmo y derechos humanos. Su voluminoso texto *European Human Rights Law* (1999), publicado por Legal Action Group, una organización benéfica dedicada a prestar asistencia jurídica a los grupos más desfavorecidos, es un reflejo de los tiempos. Pero su primera experiencia laboral fue en el Northern Ireland Policing Board [Consejo de Policía de Irlanda del Norte] (2003-2007), boicoteado por los nacionalistas por no ser un organismo imparcial, sino cercano a la policía tradicional unionista, y de ahí pasó al Crown Prosecution Service [Fiscalía General de la Corona] (2008-2013). Una vez más, protegió a los agentes de seguridad del Estado acusados de tortura o asesinato y su Fiscalía presionó a sus homólogos suecos para que no archivasen el caso contra Julian Assange, al tiempo que reprimió con dureza a los adolescentes alborotadores. Especialmente, amplió las funciones de su cargo de Director of Public Prosecutions [fiscal general] para jugar un papel internacional, lo que lo llevó a volar con frecuencia a Washington para consultar con Eric Holder, fiscal general de Obama, más conocido por redactar la cobertura legal para los ataques contra civiles ejecutados con drones decididos por el presidente. Planeó su entrada en el Partido Laborista antes de dejar la Fiscalía general y fue Edward Miliband quien lo ayudó a conseguir un escaño seguro en 2015.

Presionado para entrar en la carrera por el liderazgo tras la dimisión de Miliband, decidió abstenerse, alegando que se necesitaba más experiencia. En los cuatro años siguientes, se propuso adquirirla²⁷.

A diferencia de Blair, Starmer no tenía un Kinnock a su disposición, cuando se hizo cargo del partido en 2020. Necesitaba acabar a toda velocidad con todo lo que Corbyn había encarnado y con todo lo que había hecho para conseguir, lo cual desató el vilipendio sistemático de su predecesor, expulsándolo del partido, expurgando de sus filas a cuantos pudieran representarlo y reescribiendo sus estatutos para evitar que se repitiesen los fallos técnicos, que accidentalmente habían desviado al Partido Laborista de su verdadero camino. El control que ejerce Starmer sobre el partido es ahora institucionalmente más estricto y más comprometido con el orden mundial capitalista liderado por Washington de lo que lo ha sido en cualquier otro momento en la historia del Partido Laborista. Paradójicamente, su impulso autoritario ha tenido un efecto liberador para la izquierda. Además de Corbyn, de los cuatro diputados sostenedores de Gaza y de los cuatro diputados adscritos a los Verdes, otros siete diputados de la izquierda del Partido Laborista han sido excluidos del Grupo Parlamentario Laborista a las pocas semanas de la celebración de las elecciones por negarse a respaldar la decisión de Starmer de mantener el tope de dos hijos en la recepción de ayudas por hijos a cargo, una medida de austeridad conservadora especialmente escandalosa. Nunca antes la Cámara de los Comunes ha tenido un grupo de dieciséis diputados a la izquierda del Grupo Parlamentario Laborista²⁸.

Con el poder entregado en bandeja tras la debacle del Partido Conservador en el ocaso de su mandato, Starmer comienza el suyo con plenos poderes, con una mayoría estratosférica en el Parlamento y con unas bajísimas expectativas en la opinión pública de que vaya a producirse mejora inmediata alguna en la situación del país. Esto le otorga un margen de maniobra considerable, que le permite, siguiendo a pies juntillas el legado fiscal de Sunak, hacer tan poco como quiera sin correr un riesgo serio, ya que el desencanto y el escepticismo con respecto a la clase política, que este año ha reducido la participación en las urnas, es poco probable que

²⁷ Oliver Eagleton, *The Starmer Project: A Journey to the Right*, Londres y Nueva York, 2022, pp. 16-18, 20-21, 24-29, 33-34, 62-63.

²⁸ El 24 de julio de 2024 suspendió del Partido Laborista durante un periodo de seis meses a los diputados y diputadas Apsana Begum, Zarah Sultana, John McDonnell, Rebecca Long-Bailey, Richard Burgon, Ian Byrne e Imran Hussain.

desaparezca rápidamente. En la práctica, sin embargo, puede que quiera hacer un despliegue de energía y capacidad dirigente. Para ello ahora puede contar con más ayuda de la que le proporcionaba su gobierno en la sombra, todavía en parte obligado por compromisos necesarios para asegurar una transición suave lejos de Corbyn. Según lo publicado en los medios, durante las habituales reuniones previas a las elecciones entre las diversas instituciones públicas y los partidos de la oposición –las llamadas «*access talks*»–, los funcionarios se mostraron sorprendidos ante la ausencia de un grupo de expertos laboristas de alto nivel capaces de hacer el trabajo duro a la hora de diseñar la línea política y las políticas públicas consiguientes propuestas por el partido; la realidad es que será un conjunto de *think tanks* –el Institute for Public Policy Research, la Resolution Foundation y el Tony Blair Institute for Global Change– quien se encargará de proporcionar al partido sus cuadros y sus asesores especiales.

La cuestión es si las medidas de mejora que el nuevo gobierno está preparando tienen alguna posibilidad de resolver los problemas a largo plazo de la economía del Reino Unido, asolada por la baja inversión y la baja productividad, y ahora universalmente desacreditada. El neolaborismo no ofrece ninguna explicación histórica real de esos problemas; las recetas ofrecidas por sus principales luminarias –Bell, Hutton, Collier, Hindmoor y compañía– siguen siendo estudiadamente banales²⁹. El Partido Laborista se ha mantenido hermético antes de su llegada al poder, prometiendo principalmente ser más competentes que sus predecesores conservadores: «*Change*», pero no demasiado. Sin embargo, puede que el problema no sea una cuestión de competencia subjetiva, sino de contradicciones objetivas: una economía basada, más que ninguna otra, en las promesas de la globalización financiera de la década de 1990; una política exterior comprometida con la defensa de los intereses, cada vez más nacionalistas, de un Estado de mayor envergadura; y una sociedad polarizada, inserta en un sistema político que carece de una ideología de gobierno convincente. Queda por ver si los próximos cinco años serán tan volátiles como los cinco que acaban de terminar, pero parece poco probable que la vuelta del Partido Laborista al poder vaya a hacer gran cosa por aliviar el malestar nacional.

²⁹ Véanse, por ejemplo, Torsten Bell, *Great Britain? How We Get Our Future Back* (2024), que aboga por un «incrementalismo radical» y un «nuevo patriotismo»; Will Hutton, *This Time No Mistakes* (2024), que propone un equilibrio adecuado entre colectivismo e individualismo; Paul Collier, *Left Behind* (2024), que pone sus esperanzas en que se conforme un sentido de «objetivo común»; y Andrew Hindmoor, *Haywire* (2024), que pide tener fe en el gobierno progresista.